

CARTA QUINTA.

A D. JUAN VALERA.

El alma universal rige la materia inanimada y da la vuelta al Universo, manifestándose bajo mil formas diferentes. Cuando es alada y perfecta, domina desde lo más encumbrado del cielo y gobierna el orden universal.

(PLATON.—*Diálogos Socráticos.*)

Muy estimado amigo mío:

Ya en mi carta anterior demostré cómo, aunque en todo nos es desconocida la esencia de las cosas, sin embargo, por los atributos y efectos que nos ofrecen, podemos inferir su naturaleza, pues nada más perjudicial, nada más contrario al progreso humano, que la impotencia de quienes dicen: el hecho de ser desconocida la esencia, nos imposibilita para negar ó afirmar la existencia de tal ó cual cosa: Dios, el alma, etc.

Faltan, á la verdad, palabras que sean bastante enérgicas para condenar tan absurda proposición; pues si á ella se le da carácter de universalidad, si no se refiere exclusivamente á los dos problemas de más difícil solución, cuales son Dios y el alma, resultaría que, como no conocemos la esencia de ninguna cosa, deberíamos

permanecer en una ambigüedad estúpida, sin atrevernos á formar juicio acerca de nada. Si pues el hombre solamente conoce fenómenos, y estos son los únicos datos positivos que tiene para fundar sus conocimientos, es evidente que, comparando y combinando los hechos que engendran esos fenómenos, es como puede fundar sus inferencias. Ahora bien; si todas las energías que aisladamente estudiamos, las tomamos como elementos múltiples de la unidad cósmica, y si cada una de esas partes las estudiamos en sus efectos, y estas partes aparecen naturales, clarísima y evidentemente podemos decir, que, si las partes que constituyen un todo son naturales, ese todo lo es también.

Examinemos, pues, detalladamente los casos en los cuales deberíamos encontrar los signos de un poder sobrenatural afirmado por los místicos metafísicos, y se verá cómo no lo hallamos.

Ahí, cuando el dolor en el espíritu se exagera, cuando martirio horrendo aqueja al hombre, y éste, elevando sus ojos anegados por el llanto, suplica con fervor ardiente sea apartado de sus labios el amargo cáliz, todos los elementos de la Naturaleza, que son subalternos al hombre, en la escala de su desarrollo, permanecen mudos á su tierna súplica, y solo en el elemento que le es afín por inteligencia, esto es, en el elemento humano, encuentran eco sus dolores y consolador bálsamo sus aflicciones.

Cuando en noche de duelo pavorosa la afligida madre contempla en el paroxismo del dolor el cuerpo de su tierno hijo que yace pálido, exánime, sin vida, con la rigidez siniestra de la muerte; aproximando el aterido

cuerpo á su amoroso seno, pide con invocación solemne torne á la vida aquel ser que es objeto de su augusto amor; y, en este supremo instante, la Naturaleza permanece muda: la esfera en su constante giro trae el día: el sol, con la indiferencia peculiar de la inconsciencia, asoma risueño por Oriente: la campiña ostenta sus galas como siempre, y los gorjeos de los pájaros que se desperezan en los nidos, hienden los aires. Todo, todo en fin, se manifiesta indiferente al dolor de la infortunada madre, menos el corazón generoso de su hermano el hombre, quien, partícipe de su honda pena, derrama á su lado llanto fraternal que cual bálsamo consolador templá el rigor de las maternales angustias.

Cuando el incendio voraz despierta á los moradores de una finca, y en medio del terror la piedad mística implora el divino auxilio, indiferentes los elementos responden, en su inconsciencia, con la voz del viento que aviva las llamas del incendio. En tanto el hombre, único representante del amor compasivo y generoso, con esfuerzo denodado aparece trayendo sus bombas y sus escalas, y, poniendo á riesgo su propia vida, llega á salvar la de sus hermanos que se hallan en peligro.

Ruge la tempestad, las ondas impetuosas de la mar levantan sus negras y espumosas masas cual enhiestas montañas, dejando por su falda antros pavorosos dispuestos á tragarse la nave conductora de familias que, en busca de felices playas, salieran del patrio suelo que no alcanzaba á darles albergue y sustento. En tan supremo instante las preces místicas se elevan al soñado cielo, los habitantes de la cercana costa unen sus plegarias á las de los afligidos navegantes: un himno so-

lemne se lanza al vacío. La campana de la ermita sueña plañidera en són de rogativa y el acético cura murmura en lengua latina frases cabalísticas; pero todo es en vano: los elementos desatados, en su salvaje inconsciencia manifiestan que no entienden de plegarias, ni de campanas, ni de latinas frases. Por fin, el buque se hunde. Poco después aparecen y desaparecen á la luz de los relámpagos los botes salvavidas que dan última esperanza á los tristes náufragos.

Y en tanto que las súplicas y rogativas nada han alcanzado, un grupo de esforzados marineros de espíritu sencillo y generoso bota al agua las lanchas, empuña los remos y con aliento titánico se lanza al socorro de los náufragos: quizás con ellos perecerán, quizás lograrán su noble objeto; pero de todos modos, se ve cómo el elemento humano es el único que representa el amor, la caridad, la conciencia.

Mejoremos, pues, tan magno elemento, avivemos su amor, no á efecto de místicos temores, y sí al de grados positivos adquiridos por su generosa sensibilidad. Exaltemos su razón, dándole por brújula la ciencia, y no empeñándonos en hacerle creer que el símbolo es lo real. ¡No le ocultemos la majestuosa grandiosidad de la verdad, que es lo simbolizado!

Y no tan solo en la vida práctica nos cobija el manto cariñoso del amor sublime, conquistado por el hombre en su noble exaltación; pues también durante su estancia en el medio que es invisible para nuestros toscos y débiles sentidos, afanoso nos imparte ayuda y protección.

Es indudable que las energías del amor y de la sabi-

duría, no podrían quedar inactivas en el espíritu, después del fenómeno de muerte, ó sea en el momento de su *monocorporización*. Tales energías, lejos de amortiguarse, habrán de tomar mayor vigor, desde el momento en que el espíritu se halla libre de todas las miserias que constituyen las pasiones que solo pueden ser hijas del medio *práctico*, tales como las que engendra la avaricia por el oro, la sed de mando y poderío, los bestiales placeres, etc. Por lo tanto, la actividad que desplegan el amor y la sabiduría de los seres *monocorpóreos*, busca afanosa la manera de emplearse en bien de los humanos *bicorpóreos* que luchan en el medio práctico, conquistando su perfeccionamiento. Pero he aquí el dolor profundo de aquellos nuestros hermanos, cuando nosotros con torpe proceder cortamos el hilo conductor que nos pudiera transmitir la energía de su amor y de su elevada inspiración. En esta especie de absorción ó asimilación de las energías intelectuales y afectivas que, viniendo del exterior, llegan cual rayo luminoso á incidir hasta la esencia de nuestro espíritu, ha de haber sus varios grados de susceptibilidad para la asimilación ó repulsión de aquellas transmisiones de energía intelectual y afectiva; grados que deberán marcarse por ley de afinidad. Indudablemente que el hotentote no podrá asimilarse las energías de amor y de sabiduría que le indujeran los espíritus prepotentes de un Victor Hugo ó de un Newton.

La densidad de la sustancia espiritual, está en razón directa de los grados de perfección adquirida; así pues, en esa inmensa escala de densidades que habrán de ofrecer los múltiples estados de desarrollo que muestra la

humanidad terrestre, desde las más primitivas razas, hasta los hombres prepotentes de la superior raza blanca, el hotentote se ofrece con relación á las inducciones de energía intelectual y afectiva, cual cuerpo opaco en el cual no compenetra el rayo de luz que le incide.

Ahora bien; sentado esto, el espíritu, durante las luchas que en la vida práctica sostiene entre el bien y el mal, ó lo que es lo mismo, entre la perfección y la imperfección, *engendra oscilaciones psíquicas, que tienen su derivación en la fisiología del organismo persistente, ó sea del espíritu: opacándose ó trasluciéndose la sustancia espiritual*; pudiera decirse que el hombre hace en sí, respectivamente, luz y sombra; noche y día. ¿Viene el ímpetu de la ira, de la envidia, de la ambición, de la vanidad y de la soberbia? Se hacen las tinieblas; y—¡cosa terrible y peligrosa!—en esos momentos se nos asimila todo el elemento imperfecto y primitivo del mundo invisible. Y, ¡cuidado si ahí se encuentran en aquel momento cerca de nosotros nuestros anteriores implacables enemigos! porque, aprovechando el momento en el cual les abrimos las puertas, ellos entrarán á exacerbar nuestras pasiones hasta hacerlas llegar al paroxismo.

En esta vez, si nos fijamos detenidamente, hallaremos despojado de su prestigio al Diablo. Se destruye el símbolo,—que ya va siendo motivo de hilaridad,—y queda lo real y positivo, esto es, la imperfección, el mal.

¿Hay un materialista que aferrado en la pretensión de que ya conoce la ciencia pasada, presente y futura, afirma rotundamente que el origen de la sensibilidad, del conocimiento y de la conciencia humanos es una secreción de la sustancia organizada? Torna á la no-

che, puesto que la insensatez y la soberbia son engendros de las tinieblas en que se halla el espíritu primitivo.

¿Hay un metafísico, que, cual rústico campesino cree á la civilización una señora y al gobierno un señor, así él, aferradísimo, cree que el *Agente Universal* es un *monarca divino*? Torna á la noche, puesto que tal necedad es achaque de la oscuridad primera.

¿Hay dos contrincantes que en reñida polémica no les guía espíritu de verdad, y sí el torpe empeño de alcanzar vano triunfo para arrancar aplausos á las turbas necias?

Hacen en torno de sí la noche, y, caminando á oscuras, se pierden en intrincado laberinto de absurdos y de péfidos sofismas.

Si, por el contrario, el espíritu en su noble anhelo de perfeccionarse, engendra movimientos generosos de amor y de ternura, ó bien eleva su pensamiento en alas de la sabiduría á las regiones de la verdad, entonces se hace el día, huyen las tinieblas, y á la esencia del espíritu llega, en asimilación simpática, luz de amor y de sabiduría.

También aquí el prestigio del *mago soberano* desaparece, y queda lo real, lo natural, lo verdadero, esto es: el supremo bien. Erección soberana del elemento humano que se ha perfeccionado; conquista augusta realizada con esfuerzo doloroso, hasta domar con titánico impulso el monstruo horrendo de imperfección primera.

¿Queréis que esta sea la lucha entre el ángel bueno y el malo, en el puente del abismo, como dice el poeta?

Sea; admitámoslo, pero con el espíritu ilustrado de

quien sabe distinguir lo que es el tropo poético y lo que es la realidad que en él se quiere simbolizar.

Ahora bien, illustre amigo mío, con todo lo que dejo expuesto, podemos venir á esta conclusion:

Si el germen *increado* de nuestra inteligencia, fué muy nuestro, y nadie nos le dió, como increado que es; si á efecto de nuestras evoluciones, inconscientes hasta la animalidad, y conscientes desde nuestra humanización, hemos alcanzado los bienes que dan la inteligencia y los afectos generosos, todo como resultado de nuestros afanes, de nuestros cruentos sufrimientos y de nuestras titánicas luchas para salir de la imperfección primera, ¿por qué con abyección mística hemos de creer que esos bienes no son resultado de nuestro propio esfuerzo y natural conquista, y los hemos de referir á la quimérica protección de un fantasma innecesario?

Reflexione vd. con todo el ánimo sereno de su claro talento, y no dudo que podrá advertir cómo la humanidad entera ha sufrido un letargo *divino* que ha durado muchas centurias, y del cual hasta ahora comienza á despertar, y al hacerlo, lucha, á efecto de transición, entre las imágenes quiméricas de su largo sueño y las imágenes reales que ofrece la verdad,—esa inmortal desposada de la inteligencia,—como bellamente ha dicho el egregio dramaturgo á la par que experimentador científico Sr. Echegaray.

¿Qué papel representa ya en el escenario del Universo ese *mito divino*, desde el momento en que nos son conocidas las evoluciones naturales, que dieron motivo para que la ciencia formulara la ley del progreso?—Un papel ridículo, el de histrión fuera de escena, que debe

suprimirse porque no hace falta para la grandiosidad del espectáculo universal.

Esa candorosa abyección de achacarle á un fantasma la bondad y la generosidad de habernos dado lo que nosotros hemos conquistado, la advierto ahora tan absurda como si yo supusiese que mis cortos conocimientos y mi mediana ilustración se los debía al Emperador de la China.

Pero no; ya advierto que esta comparación es menos absurda. Aunque traída de los cabellos, le podría dar una solución diciendo: el Emperador de la China, es un ser real, y aunque la situación geográfica de nuestros respectivos países nos aparta tanto, como nuestra diferente civilización, sin embargo, por rarísima y estúpida circunstancia, el espíritu de aquel Celeste Monarca podría comunicar conmigo, durante nuestro sueño, y por tan extraño y excepcional modo haberme ilustrado; pero tratándose del otro *Emperador Celeste*, los únicos datos que tenemos, con relación á su existencia, son los que da la fe ciega: quiere decir, el suicidio de la razón por el miedo.

Si en estas cartas he podido precisar las proposiciones fundamentales de mi sistema, y si á efecto de tal precisión vd. ha podido advertir cuál es la radical y trascendental diferencia que existe entre mi demostración racional del *Agente Cósmico* y del ser *monocorpóreo* con relación al Dios y á el alma de la tradición, entonces estaremos en pleno *Perfeccionismo*, y, en cuanto á doctrinas de amor—salvo el progreso moral que en diez y nueve siglos hemos alcanzado, el cual nos ha hecho posible demostrar *que el castigo divino no existe y que el*

humano debe trocarse en enseñanza, lo cual constituye un grado superior al de la moral evangélica; pues así rehabilitamos los fueros de la razón y de la justicia, torpemente escarnecidos durante el secular reinado de la ignorancia y del miedo—con tal salvedad, digo, estaremos, como vd. dice, en armonía con los buenos cristianos. Y también lo estaremos con los espíritas progresitas que tienden al desarrollo filosófico y científico de las doctrinas de los espíritus, compiladas por Allan Kardec; pues yo sé bien que en ese grupo de pensadores no siempre se encuentran hinchadas medianías que se creen hijos predilectos de los espíritus, sino que también hay eminentes escritores, filósofos y experimentadores científicos, como Alfredo Russel Wallace, William Crookes, Huggins, Cox, Lord Sinday Tremmerchini, Lowe, Jobard, Hofer, Wagner, Butlerow, Flammarion y otros muchos que, como los ya citados, han conquistado legítimamente un nombre ilustre.

De todos estos que constituyen lo más granado del Espiritismo Científico, hay que esperar mucho; pues indudablemente que sabrán aplicarse el proverbio que dice: *es de sabios mudar de opiniones*, y por lo tanto, lejos de persistir en añejos errores, esperando que la corriente del progreso destruya sus proposiciones de ayer, ellos mismos se apresurarán á corregirlas, pues su claro talento les hará comprender cuán insensato sería gastar su actividad en apuntalar el viejo edificio que se derrumba. Se reconocerán, pues, obreros del progreso, y antes que apuntalar el vetusto templo del dogma, contribuirán á su demolición, colaborando al mismo tiempo en la grandiosa obra de erigir el edificio

moderno, en el cual las generaciones venideras recibirán las lecciones del amor, exentas de vanos temores y de ridículas mogigaterías, y las cátedras de la sabiduría eliminadas de candorosos dogmas.

Creo que mis esperanzas no serán vanas, pues ya la Sociedad Científica de Espiritismo establecida en París, la cual está reconocida como centro principal por los espíritas de todo el mundo, ha manifestado por medio de su órgano "*La Revue Spirite*" que acepta mi sistema, diciendo de él: "*que se dirige á aquellos hombres en los cuales todas las facultades intelectuales y progresistas han alcanzado un grado de desarrollo tal, que les impele á tener como solo ideal la investigación de la verdad.*"

Desgraciadamente en el espiritismo, como en todas las sectas y escuelas, existe ese elemento pernicioso de las medianías orgullosas, que sin elementos para el desarrollo de las doctrinas que profesan, se encierran en una ortodoxa recalcitrante: anatematizan toda reforma; desvirtúan el espíritu de sus doctrinas; se apegan á la letra; profesan culto á las vanas formas, y, con barniz superficial de ilustración, soñándose grandes maestros, se pavonean henchidos de fatuidad, en el trillado campo de la rutina.

Creo que el no haber roto con el opresor *mito divino* es lo que ha impedido el progreso rápido del espiritismo, pues á efecto del sentimiento místico, los émulos de Allan Kardec más se han entregado á la vida piadosa y contemplativa, que al desarrollo científico y filosófico de sus doctrinas. Algunos de ellos son tan fanáticos y tan amantes del *statu quo*, en sus doctrinas,

como los mismos católicos; pues así como éstos guardan santa reverencia á los Evangelios, así los espíritas místicos guardan reverentísimo culto al "Libro de los Espíritus," y secretan raudales de bilis, y quisieran *liberalmente* una Inquisición para quemar vivos á los arrogantes soberbios que cometen el sacrilegio de impugnar alguna proposición kardeciana. Estos señores, prohibiendo los más candorosos absurdos, sin poner en ejercicio un riguroso é ilustrado criterio, son con frecuencia el ludibrio de charlatanes embaucadores que les engañan con las más groseras y chuscas simulaciones; causa por la cual no han podido despertar interés entre los experimentadores científicos.

Ya se verá, pues, cuan difícil es por hoy que mis doctrinas tengan muchos simpatizadores, pues al practicar el fin que me he propuesto, de ser un escritor sincero y franco, tengo que decir verdades amargas; pero si, como vd. dice, mi *eureka* no es una quimera; si no es una estupenda soberbia lo que yo creo ser racional y lógico; si mi sistema en realidad ofreciere bases fundamentales para la filosofía, solo espero que lo reconozcan todos aquellos que, no á título de usurpada reputación, y sí al de verdadera elevación intelectual, se hallen colocados en la cúspide de sus respectivas escuelas filosóficas; pero tratándose de aquellos que son más papistas que el Papa, más comtistas que Comte, más spencerianos que Spencer, más krausistas que Krause, y más kardecistas que Kardec, solo espero oír las más destempladas censuras.

En cambio, espero mucho de aquellos que no se han llenado la cabeza de humos escolásticos; de aquellos que

con sano criterio, no ofuscado por los prejuicios, observan, meditan, y juzgan con propio criterio.

Quedan, pues, contestadas las cartas que se sirvió vd. dedicar á la crítica de mi sistema. Si vd., como lo ha ofrecido, sigue escribiendo para tratar las cuestiones políticas y sociológicas que se derivan de mis proposiciones, mucho me alegraré, pues reconozco lo provechoso que será debatir problemas de tanta importancia cuales encierran esas cuestiones. Y si lo hace vd. empleando estilo serio, tanto mejor. Esto de ninguna manera entraña una condición especial, pues vd. es muy dueño de tratar las cuestiones por modo y manera que mejor le cuadre, y si no puede prescindir de su estilo humorístico, procuraré separar lo cómico de lo serio y trascendental.

Además, puede vd. creerlo, que menos me desagrada habérmelas con un amigo de buen humor, que con uno de esos escolásticos insoportables; pues, á ser vd. de ese gremio, indudablemente que no estaría corriendo aquí mi pluma: ya me hubiera vd. hecho derramar torrentes de bilis y hubiera dado al trasto con sus cartas.

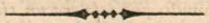
Y, bien visto, diré á vd.: que si algo reclama la variedad y flexibilidad del estilo es la filosofía. Algunos creen que esa jerga de la escolástica, con sus palabras huecas y sus frases cabalísticas es la única que á la filosofía conviene. Yo creo que por el contrario, siendo la filosofía de suyo tan compleja en sus elementos, necesita, para los fines que se propone, emplear todos los modos y formas del estilo. La elocuencia tiene que prestarle todos sus recursos: ya empleando lo patético,

tierno y poético; ya lo grave y sentencioso. Ora lo enérgico y vehemente; ora lo epigramático, lo vulgar y lo prosaico. Según que sus fines se encaminen: ya á excitar la verdad del sentimiento, ya á despertar la razón dormida, ya á contrastar los afectos, ya á comparar los raciocinios.

Pero, pongamos punto á la digresión.

Réstame tan solo por hoy suplicarle que aleje de su ánimo todo sentimiento que pueda impedir nuestra amistad. Si vd. me sigue dispensando el honor de escribirme, quiero sí que me enderece sus sarcasmos, siempre que vayan encaminados á destruir un error; pero que, á través del sarcasmo, pueda advertir al amigo.

Tales son los deseos de su contrario en la polémica; pero en todo caso su amigo que lo estima y lo aprecia.



CARTAS FILOSÓFICAS.

SEGUNDA SERIE.

CARTA PRIMERA.

A D. JOAQUIN CALERO.

¿Qué importa que Spinoza y los panteistas reconozcan que un Dios vive en mí, que mi alma es una partícula del Gran Todo?

Yo no concibo al alma sin el carácter de unidad indivisible y la conservación de la individualidad del yo. Si mi alma después de haber sentido, sufrido, pensado, amado, esperado, va á perderse en ese océano fabuloso llamado el alma del mundo, disolviéndose y desvaneciéndose el yo: es borrar y matar mis afecciones, mis recuerdos, mis esperanzas, es el abismo de los consuelos de esta vida y la verdadera negación del alma.

FOISSAC.

Por todas partes se ven señales de decrepitud en los usos y legislaciones que ya no están en relación con las ideas modernas. Las viejas creencias, adormecidas hace siglos, parece quieren despertarse de su entorpecimiento secular y se admiran de verse sorprendidas por nuevas creencias dimanadas de filósofos y pensadores de este siglo y del pasado. El sistema bastardeado de un mundo que solo era un simulacro, se derrumba ante la aurora del mundo real, del mundo nuevo.

(El Espiritismo en la Biblia. Comunicación dada por el espíritu ERASTO).

Comienza vd. el primero de los artículos que dedica á la crítica de mi sistema filosófico "El Perfeccionismo Absoluto," estableciendo magistralmente cuáles son las condiciones y los preceptos requeridos para acometer los estudios filosóficos, y, en seguida, emprende el estudio y crítica filosófica de mi sistema.